VIENTOS DE LIBERTAD

Ignacio Villagrán

A mi abuelo.

Con la esperanza de que este relato deje algún día de ser una ficción.

Mi padre decía que lo peor de las guerras no está en los frentes, sino en la retaguardia, donde todo es odio, dolor y venganza. Me hablaba con su voz grave y pausada y yo intuía que aquellas palabras tenían que ver con la muerte de mi abuelo. *El abuelo está en el cielo,* salía mi madre al paso cada vez que preguntaba por él. Siempre era la misma respuesta, una seca y lacónica respuesta, que me llevaba a imaginar el cielo como un lugar etéreo en el que recalaban las almas peregrinas; espíritus errantes que desaparecían de repente y nunca volvía a saberse de ellos.

Corría el verano del 66 y yo estrenaba pantalón largo. Por aquel entonces solíamos pasar las vacaciones en el pueblo de mis padres, una pequeña localidad cercana a Olmedo. Era lo propio en aquella época. Llegar hasta allí en un *Seiscientos*, con los cuatro hermanos peleando en el asiento trasero y la baca a rebosar de trastos y maletas, era realmente una aventura.

Aquella tarde fui a dar un paseo con mi padre. Se celebraba el día de Santiago y los campos estaban recién segados. Al salir del pueblo nos encaminamos hacia el pinar de Albera y cogimos el sendero de la ermita de San Justo. El recorrido era liviano, aunque había que superar un buen repecho para llegar a lo alto del cerro donde se encontraba la ermita. Cuando llegamos, una ligera brisa traía olor a pino y a romero.

—¿Por qué silba el viento? —le pregunté a mi padre.

—El viento no silba, hijo. El viento habla.

—¿Habla? —exclamé incrédulo.

—Sí, habla. Sólo hay que entender lo que nos dice.

—¿Y tú lo entiendes?

—Claro. El abuelo me enseñó a descifrar sus mensajes. Cuando tenía tu edad solía venir aquí con él. La primera vez que subimos juntos yo acababa de cumplir nueve años.

—A ver… si tú tenías nueve años… —cerré los ojos y me puse a calcular mentalmente—, entonces fue en 1931, ¿no? —exclamé ufano.

—¡Exacto, campeón! —mi padre me dio una palmadita en la espalda—. Sí, fue a primeros de mayo de 1931. En aquella época el abuelo se sentía feliz, muy feliz. Recuerdo que estábamos los dos aquí sentados, cuando se subió encima de esa piedra —señaló una pequeña roca que sobresalía de entre la hierba— y empezó a gritar: *¡Al fin soplan vientos de libertad!* Al principio me quedé aturdido, sin saber qué hacer. Luego terminé gritando con él: *¡Al fin soplan vientos de libertad!*

—¿Por qué se sentía feliz el abuelo?

—Porque iba a cambiar la vida para todos nosotros, hijo —respondió.

Mi padre continuó callado mirando hacia lo lejos, hasta que se volvió y me dijo: *Hoy hace treinta años que mataron al abuelo*. Y comenzó su relato:

Ocurrió en una calurosa mañana de verano de 1936. En la madrugada del día 25 de julio, un grupo de falangistas venidos de Valladolid entró en el pueblo, entre gritos y canturreos. Sacaron a los hombres de las casas y los metieron en una camioneta. Entre ellos estaba mi abuelo. Poco después se confirmó la tragedia: los habían fusilado en el puente de Boecillo, antes de arrojarlos al Duero. A la mañana siguiente, doce mujeres vestidas de negro eran paseadas en un carro, con el pelo rapado. A mi abuela la respetaron. Estaba a punto de dar a luz.

El relato de mi padre desvelaba, al fin, el misterio de la muerte de mi abuelo. Sin embargo, otro misterio quedaba aún por resolver: qué podía contener aquella pequeña caja de caudales que guardaba mi abuela celosamente en el armario. Mi curiosidad de niño me había llevado varias veces a observarla detrás de la puerta, sin que ella se diera cuenta: sentada en el borde de la cama, se pasaba el tiempo acariciando la caja, mientras balbuceaba palabras desconocidas para mí. *No está bien espiar a la gente*, me recriminó mi madre cuando se lo conté.

Después de la consabida reprimenda, mi madre me contó muchas cosas de la abuela. Me habló de cómo su mundo se partió en dos el día en que enviudó; aquel aciago día en que se hundió en un oscuro pozo, del que nunca pudo ya salir. Mi madre me contó también que aquella caja de caudales era de mi abuelo y que cuando lo mataron, estuvieron buscando el llavín por toda la casa, pero no lo encontraron. Y nunca consiguieron abrir la caja.

Cuando muchos años después murió mi abuela, se llevó con ella aquel misterio, al dejar clara su voluntad de que la caja jamás fuera descerrajada.

* * *

Hacía tiempo que no iba por el pueblo y lo encontré cambiado. Me alegré de ver a Alfonso, un viejo amigo de la infancia, cuyo abuelo tuvo la misma suerte que el mío. Un día, mientras paseábamos por la ribera, me contó algo que daría un giro total a las cosas:

—Han corrido rumores de que Julio Rendón, uno de los falangistas que tomaron parte en los fusilamientos, va diciendo por ahí que "a los rojos no los tiraron al río, que están enterrados" —aseguró Alfonso—. Aunque no le han debido hacer demasiado caso.

—¿Y eso?

—El viejo está… —se llevó el dedo índice a la sien.

—Imagínate que fuera cierto.

—Nadie va a creer lo que diga ese hombre. Debe estar muy demenciado.

—¿Dónde vive Julio Rendón?

—En Iscar.

—Alguien debería hablar con él.

—Sería perder el tiempo —insistió.

En contra del consejo de Alfonso, a la mañana siguiente me dirigí a Iscar. Allí me dijeron que Julio Rendón se pasaba el día en el hogar del jubilado. El hombre que regentaba el bar me indicó quién era. Me acerqué a él y le saludé como si le conociera de toda la vida. Él me devolvió el saludo con la misma familiaridad. Después de invitarle a un orujo, le entré directo:

—A los rojos los tirasteis al río, ¿no? —el hombre permaneció un momento callado. Después se bebió la copa de un trago y respondió:

—No, los enterramos en el barranco de la yesera.

—¿Qué yesera? —le pregunté. No hubo ya manera. Dejó caer la cabeza y se quedó dormido.

Volví al pueblo y le conté a Alfonso lo ocurrido. *Mira que eres terco. Convéncete: los restos de tu abuelo y el mío descansan bajo el fango del Duero,* aseguró tratando de persuadirme. Pero yo no me di por vencido.

De regreso a San Sebastián contacté con la Asociación para la Memoria Histórica. Me cité con Ignacio Mendía, responsable de la tramitación de expedientes. Se mostró interesado en el caso, aunque también escéptico:

> *El proceso de recuperación no ha hecho más que empezar y el camino va a ser largo y difícil. Hoy por hoy los tribunales se inhiben y los desenterramientos no tienen interés judicial alguno. Ello hace que nuestras actuaciones dependan de la voluntad de los ayuntamientos o de los dueños de los terrenos donde se cree que se encuentran las fosas. Además, contamos con un elemento en contra: la mayor parte de los enterramientos se hicieron en zonas rurales y en los pueblos aún persiste el miedo a hablar de lo que ocurrió entonces.*

Ignacio Mendía me aseguró que enviaría el expediente a la delegación de Valladolid. Unas semanas después volví a entrevistarme con él. El informe de conclusiones no podía ser más desalentador: desestimaban el testimonio de Julio Rendón, ante la inconsistencia de su declaración.

No tardé en recibir una llamada de Alfonso:

> *Menudo lío has armado. Tienes a toda la familia Rendón soliviantada. Han aparecido por su casa dos miembros de la Asociación y le han estado haciendo preguntas. La cosa es que la noticia se ha extendido por toda la comarca y ha aparecido un testigo de lo que hicieron los falangistas. Se llama Evelio Frutos. Él era entonces un niño y trabajaba de zagal. Lo vio todo y está dispuesto a testificar.*

Dos semanas más tarde nos citaron en una notaría de Valladolid. Acudí acompañado de un miembro de la Asociación y de varios familiares de otros desaparecidos. El testimonio de aquel hombre fue leído en público por el notario:

> *Declaración que formula D. Evelio Frutos Martín, natural y vecino de Mejeces. "Testifico que en la madrugada del día veinticinco de julio de 1936, me encontraba cuidando un rebaño de cabras en un lugar conocido como la Loma Trocha, cuando vi aproximarse a un grupo de hombres. Los de delante llevaban las manos atadas. Les seguían cuatro o cinco hombres uniformados. Vestían de azul e iban armados. Asustado, me escondí tras un zarzal. Una vez llegados al barranco de la yesera, se pararon. A tres de los que iban atados, les soltaron las cuerdas de las manos y les mandaron cavar la tierra. Cuando terminaron, los hombres armados colocaron a todos delante de la zanja que acababan de abrir y empezaron a disparar contra ellos. Entonces dejé de mirar y me escapé corriendo. En casa no conté lo que había visto. Por la tarde se acercó mi padre a por las cabras. Cuando regresó, él tampoco dijo nada. Durante unos días no me atreví a volver por allí, hasta que fui con mi hermano. Donde abrieron la zanja no había más que un pequeño montículo de tierra*". Después de firmar el testimonio, el hombre nos miró a todos y exclamó visiblemente afectado: *¡Encuéntrelos, por favor, encuéntrenlos!*

Obtenida la declaración, reuní a mi familia y les di cuenta de la situación. Pedí unos días de vacaciones y me instalé en el pueblo. El informe del ayuntamiento de Mejeces no se hizo esperar:

> *El lugar conocido en su tiempo como Barranco de la Yesera pertenece a este término municipal y está situado a unos treinta metros del punto kilométrico 26 de la carretera comarcal VA-52. La fosa podría encontrarse en un terreno cubierto por pequeño matorral, a unos diez metros de un poste de tendido eléctrico, de referencia IB-746.*

El informe concluía con la autorización para la excavación.

Los trabajos dieron comienzo una vez cumplimentados los trámites. No tardaron en aparecer los primeros restos. Los especialistas no ocultaban su asombro, pues los cuerpos se encontraban en un increíble estado de conservación. La composición del suelo había contribuido a ello. Cuando se dio

por concluida la exhumación, se personó el juez de Medina del Campo acompañado del forense, quien certificó que los restos óseos pertenecían a trece varones adultos. Una vez se efectuó el levantamiento, recogieron muestras de ADN a los familiares y trasladaron los restos a Valladolid, donde se llevaría a cabo el análisis y la verificación de las identidades.

Una densa niebla flotaba sobre el Pisuerga aquella fría mañana de febrero. Los familiares fuimos citados de uno en uno. Los cuerpos se encontraban en una sala del departamento de Anatomía Patológica del Hospital Clínico. *Es su abuelo*, me indicó el funcionario. En aquel momento no tuve el valor de acercarme a la mesa donde se encontraban los restos. Opté por desviar la mirada hacia sus ropas, que estaban al lado, sobre una camilla. De lo que había sido el pantalón no quedaban más que unos cuantos jirones de tela, pero aún podía reconocerse un cinturón de cuero y parte de un chaleco.

—Tome, hemos encontrado esto junto al cuerpo —el funcionario me entregó una pequeña bolsa precintada, con un objeto en su interior.

Salí del Hospital Clínico y me dirigí hacia el coche. La bolsa me quemaba en las manos. La abrí cuando llegué al coche. Dentro había una billetera de cuero y una certificación del juzgado. Me puse a mirar la billetera: en uno de los compartimentos encontré parte de lo que parecía haber sido una fotografía y algunas trazas de papel apelotonado; y en el otro, un llavín. Un escalofrío me sacudió por dentro.

Mi primo Jesús vivía entonces en la casa que había sido de mi abuela. Se mostró reticente cuando le comenté lo que pretendía:

—Sabes de sobra lo que dejó dicho la abuela.

—Ya, pero si ella hubiera encontrado el llavín, seguro que habría abierto la caja —le dije, sin dejar de mirarle a los ojos—. Hemos recuperado los restos de nuestro abuelo ¿no? Pues ahora tenemos la ocasión de recuperar su memoria. ¿Lo entiendes? —mi primo me dirigió una mirada de asentimiento.

Subimos al desván y Jesús fue derecho a un viejo armario que había contra la pared. Abrió la puerta y después de hurgar entre ropas, cogió la caja de caudales de uno de los estantes y me la dio. Saqué entonces el llavín y lo introduje en la aldabilla. La caja se abrió sin problemas.

Me fijé en mi primo. Estaba pálido y unas gotas de sudor corrían por su frente. Me dispuse entonces a examinar el interior de la caja. Lo primero que encontré fue un sobre ahuesado, con una inscripción estampada en el reverso: *Sindicato Nacional Ferroviario*. Dentro del sobre había unos billetes de la época, con una cuartilla doblada por la mitad en la que podía leerse: *Armando Curiel. Guardagujas. Atrasos de haberes adeudados del 1 de marzo al 30 de junio de 1936.* Seguí hurgando en el interior de la caja. Entre recortes de periódico había un cuaderno de tapas duras. Antes de cogerlo, me crucé con la mirada de mi primo:

—Si se trata de lo que estamos pensando, eres tú quien debe leerlo —exclamó*:* —Tú nos has devuelto al abuelo— y puso su mano en mi hombro.

No pude más. En aquel momento descargué toda la emoción que llevaba contenida y rompí a llorar. Jesús me dejó solo.

Mientras observaba aquel viejo cuaderno, un aluvión de pensamientos se agolpaba en mi cabeza. No podía dejar de pensar en la caja de caudales y en la actitud que había mantenido mi abuela durante tantos años. Era incomprensible: si realmente ella conocía lo que contenía la caja, ¿por qué se resistió a abrirla?

Permanecí un buen rato en el desván sin atreverme a abrir el cuaderno, hasta que decidí bajar y despedirme de mi primo. Salí después a la calle y me dirigí al pinar de Albera. Cogí el sendero y subí al cerro de San Justo. Y allá en lo alto, me senté junto a las ruinas de la ermita y abrí el cuaderno por la primera página:

14 de abril de 1931. Hoy es un día dichoso. Un futuro de esperanza se abre para nuestros hijos. Seguí leyendo. En algunas páginas, la lectura se hacía difícil por efecto del moho, aunque la letra era clara y de trazos firmes. La última anotación estaba fechada el 20 de julio de 1936: *Los sublevados ocuparon ayer el ayuntamiento de Valladolid. También se hicieron con la Capitanía y el cuartel de Farnesio. Dicen que en la Plaza Mayor han caído muchos compañeros.*

Cerré el cuaderno y sentí no tener a mi padre a mi lado. De repente, algo hizo que me levantara como un resorte. Miré hacia aquel horizonte de pinares y majuelos y con el puño cerrado, grité con todas mis fuerzas: *¡Al fin soplan vientos de libertad!*